

// Artículos //

Memorias y narrativas de la desaparición en *Falta Simón* (2021) de Roberto Martínez

Eluney Anahí Vargas Fonseca¹

Recepción: 28 de abril de 2023 // Aprobación: 6 de junio de 2023

Resumen

Los desaparecidos de la última dictadura argentina (1976-1983) constituyen uno de los grandes traumas que atraviesan al país. Por ello, nos interesa adentrarnos en la reciente novela *Falta Simón* (2021) de Roberto Martínez en clave de lo que provisoriamente llamamos “narrativas de la desaparición”. Su novedad reside en cómo la figura de Simón, construida a partir de elementos ficcionales y no ficcionales, “aparece”, dentro del campo de las luchas de la memoria, para tensionar el relato canónico sobre las desapariciones en Argentina.

Al recuperar como escenario la localidad de Perico, norte argentino, el perfil de este desaparecido migrante, por un lado, subraya las históricas desigualdades entre las zonas periféricas y las zonas céntricas del país, como las memorias que se vinculan a ellas, y, por el otro, hace una apuesta a su localización. Esto lo distingue dentro del copioso sistema de narrativas que abordan las desapariciones de la última dictadura.

Palabras clave

desaparecidos - relatos canónicos - memorias locales - narrativas híbridas

Abstract

The disappeared from the last Argentine dictatorship (1976-1983) constitute one of the major traumas that affect the country. Therefore, it is interesting to dive into the recent novel *Falta Simón* (2021) by Roberto Martínez through a coded interpretation by the provisionally-called “narratives of disappearance”. Its novelty lies in the way that the figure of Simón, which is built from fictional and non-fictional elements, “appears”, within the field of memory struggles, to stress the canonical story about the disappearances in Argentina.

By retaking the town of Perico, northern Argentina, as scenario, the profile of this disappeared migrant, on one hand, underlines the historical inequalities between the peripheral areas and the central areas of the country, as well as the memories that are attached to them, and, on the other, bets on its location. This distinguishes him within the copious system of narratives that address the disappearances of the last dictatorship.

Keywords

the disappeared - canonical narratives - local memories - hybrid narratives

¹ Profesora en Letras por la Universidad Nacional de Salta (UNSa). Becaria del Consejo de Investigación de la Universidad Nacional de Salta (CIUNSA). Integrante del Proyecto n°2774, radicado en CIUNSA. E-mail: eluneyanahivargasf@gmail.com

Introducción

*“¿Lo buscan todavía? Dice uno.
Es como si lo hubiese tragado la tierra, dice otro.
¿Cuánto ha pasado ya?
Y como siete años.
¿Se ha escondido?, ¿tiene miedo?, ¿se ha perdido?, ¿se lo han llevado?, ¿qué hace?, ¿se
habrá ido?, ¿a dónde?, ¿qué pasó?
En aquellos años la gente desaparecía de a montones, boludo. Y nadie sabía por qué. Desde
peones hasta embajadores. Periodistas, abogados, hasta amantes ¿te acordás el chango ese
que andaba con una mina que había sido novia de un milico en Jujuy?
Sí, lo hicieron recontra cagar y se fue a la mierda.
Dicen que hasta bebés desaparecieron”.*

Roberto Martínez.

En este trabajo nos interesa ahondar en una de las figuras más complejas e ideológicas² (Cros, 1996) que ha dejado la última dictadura militar argentina: la del detenido-desaparecido. Su actualización en *Falta Simón* (2021), novela que combina elementos de la ficción y la no ficción, del jujeño Roberto Martínez³, resalta el hecho de que estamos ante una figura que no deja de resemantizarse y receptor los múltiples y conflictivos sentidos sobre los desaparecidos, tanto en el discurso social como el literario.

Partimos de la idea de que en la figura del desaparecido se condensan múltiples dimensiones raras veces exentas de conflictividad. Sujetos, voces, pasados, violencias, memorias, narrativas y sus sentidos disputan la pertenencia y la legitimidad dentro de un campo en donde el poder y la autoridad imponen los parámetros interpretativos de lo público (Jelin, 2021). Nuestra primera hipótesis es que *Falta Simón* plantea un aporte a lo que, desde los Estudios de la Memoria, marco interpretativo del análisis acá realizado, se conoce como las memorias localizadas, periféricas o subterráneas (Jelin y Del Pino, 2003; Pollak, 1987). Las memorias oficiales, vinculadas al poder, sus medios y dispositivos, se instauran en el

² Detrás del análisis, si bien no es el marco interpretativo, funciona la noción de ideograma, proveniente de la Sociocrítica francesa (C. Duchet, 1976; E. Cros, 1986; P. Zima, 1985). Plantear la figura del desaparecido como un ideograma significa concebirlo como un articulador semiótico que vincula la materialidad textual y la sociedad en la que se produce y recepta. En el ideograma se inscriben usos, prácticas sociales y valores ideológicos. No como reflejo exacto de ideologías, sino reestructurados y redistribuidos dentro un texto. Así, por más que cierta cantidad de textos funcionen con el mismo ideograma, en este caso desaparecido, los ideosemas que lo conforman nunca van a ser iguales ni se van a manifestar idénticamente ni siquiera en un mismo autor. Su fuerte vinculación entre lo semiótico y lo ideológico, como su recurrencia, lo hace una herramienta productiva para reconocer, dentro del rumor social, los sentidos adjudicados a los desaparecidos.

³ Escritor, comunicador, militante por los derechos humanos y trabajador dentro del Archivo Provincial de la Memoria en Córdoba. Escribió teatro (“Zugzwang. Las últimas horas con vida de Rodolfo Walsh” y “Glauce. La señora del fuego”) y trabajos periodísticos (“Interrupciones. Los exilios de la lengua” y “Tiempos de Carnaval”). *Falta Simón* es su primera novela.

espacio público y construyen la narrativa, el gran relato, de la nación. Por su parte, las memorias alternativas, subsumidas a esa dominancia, muchas veces, no logran traspasar el orden de lo privado y/o familiar. Sin embargo, estas posiciones no son inalterables. Localizar las memorias o dar cuenta de su carácter periférico significa insistir en la idea de que no existe una memoria, una visión y una interpretación únicas del pasado capaces de ser compartidas por toda una comunidad.

Por ello, en la primera parte de este trabajo, se buscará historizar, brevemente, cuáles han sido las configuraciones socio-históricas en torno a los detenidos-desaparecidos en Argentina (Calveiro, 1998; Crenzel, 2008; Gatti, 2017) y cómo estas se han inscripto dentro del imaginario social dando como resultado la disparidad entre la memoria nacional, la del centro, y las memorias de las regiones y sujetos periféricos (Besse, 2013; Da Silva Catela, 2003; Jelin, 2002). El informe *Nunca Más* (1984) y su narrativa humanitaria, posteriormente replicada en la literatura, fueron claves para la construcción y homogeneización de la figura pública del desaparecido como sujeto clase media de zona urbanizada. De allí que nos interese indagar en las implicancias -imposiciones de sentido, silencios u ocultamientos- que esto tuvo sobre los sectores que no responden a dichas características.

Esto nos conducirá a la segunda parte del trabajo. Interesa saber quién fue Simón y por qué Martínez recupera y cuenta su historia. Para ello, tendremos en cuenta el amplio universo paratextual que se despliega en todo el libro, pues allí se llevan a cabo numerosos procedimientos de identificación entre Roberto y Simón, planteando no sólo la idea de que ambas vidas están imbricadas, sino que también es una historia que le pertenece a todos. Esta premisa se encuentra en sintonía con lo que Elizabeth Jelin (1998) sostiene como desafío de los trabajos de la memoria: la ampliación de los compromisos cívicos con el pasado traumático y la no reducción de la legitimidad y la autoridad simbólica a los lazos familiares. Esto nos va a llevar a proponer a Roberto Martínez como un emprendedor de la memoria y a considerarlo, como se ampliará más adelante, un “hijo afiliativo” (Logie, 2016 en Basile, 2019), parte de la segunda generación argentina, siendo Madres y Abuelas de Plaza de Mayo la primera, pues no sólo es coetáneo a la generación que vivió sus primeros años durante la dictadura, sino que también, con *Falta Simón*, acciona y promueve el debate sobre los silencios, sociales y literarios, acerca de los desaparecidos que no ingresaron o que se han inscripto débilmente dentro del discurso oficial argentino sobre la desaparición.

Es por eso que la tercera parte la dedicamos a identificar cómo se ha representado la figura del desaparecido dentro de la producción literaria. Delimitar el campo cultural y literario dentro del cual se inserta *Falta Simón*, nos ayuda, en un primer momento, a ubicarlo

dentro del sistema literario de la desaparición (Basile, 2019; Dalmaroni, 2004; Mandolessi, 2020), para, en un segundo momento, reconocer los gestos particulares, su novedad frente a lo ya hecho. Si bien, dentro la crítica literaria, aún no hay consenso a la hora de definir los parámetros que permitirían clasificar el sistema literario que narra la desaparición, proponemos seguir lo planteado por Teresa Basile en *Infancias. La narrativa argentina de HIJOS* (2019) al recuperar dos momentos y dos generaciones claves en la representación de los desaparecidos en Argentina y a Silvia Mandolessi (2020) y Miguel Dalmaroni (2004), quienes exploran la literatura y la construcción del trauma en los modos de narrar la desaparición forzada.

En una primera lectura, *Falta Simón* podría considerarse una novela epigonal. Sin embargo, la forma en que elabora literariamente la desaparición excede la simple reproducción o conservación de los modelos o elementos de las obras que la preceden. Estamos ante una composición textual con una fuerte presencia autoral, a nivel discursivo como paratextual, propia de lo que las narrativas del yo (Arfuch, 2002; Catelli, 1991). Al mismo tiempo, por su continuo desplazamiento entre la ficción y la no ficción, se trata de una narrativa híbrida. Esta noción, deudora de propuestas como las de “culturas migrantes” (Monsiváis, 2000) y “literaturas postautónomas” (Ludmer, 2009), engloba a aquellas escrituras que migran entre los espacios y las problemáticas que entran y salen del terreno de lo literario, desplazándose, en muchos casos, a lo periodístico y lo etnográfico. La hibridez y la migración, dice Monsiváis, son el tono que acompaña el ritmo del presente y permite comprender la escurridiza contemporaneidad. Estas producciones culturales no se ajustan a definiciones canónicas como la de literatura; pueden ser verbales, pero también pueden exceder a la palabra y recurrir a la materialidad, el lenguaje audiovisual o la performance. Este desplazarse entre diversos discursos, materialidades y memorias las vuelve un espacio propicio donde pueden desarrollarse las luchas de la memoria reciente (Campuzano, 2016 y 2022), ya que son capaces de producir nuevas articulaciones de memoria, como también de hacerse cargo de las voces que han sido invisibilizadas por las memorias oficiales.

Por ello, en la última parte del trabajo, vamos a prestar atención a los múltiples recursos que se engranan, narrativamente, para construir la historia de Simón. El objetivo es tratar de reconocer qué hay de periférico en la novela y de qué manera aporta tanto al sistema de narrativas de la desaparición como a las luchas de y por las memorias de los desaparecidos de la última dictadura militar. Adelantamos que, en la figura de Simón, potenciado por su carácter de migrante, coexisten múltiples memorias, espacialidades y temporalidades. Pues, su paso por Córdoba y todo lo que allí vive, se ve continuamente interceptado por los recuerdos

del pueblo, de su infancia y su juventud pasadas, y por el proyecto de vida que visualiza una vez terminados sus estudios: ser médico rural y tener una escuela de fútbol.

Asimismo, pensando en futuros abordajes, proponemos incluir a *Falta Simón* dentro de lo que provisoriamente hemos llamado “narrativas de la desaparición”. Con esta noción, buscamos dar cuenta del vasto corpus existente sobre la violencia y la desaparición en la novela contemporánea. Contrario a plantearse como un sistema de fronteras cerradas, las entendemos como una posibilidad de sistematizar las producciones contemporáneas que tienen a la figura del desaparecido como eje central. Su textualización evidencia la productividad cultural del hecho a la par que advierte sobre ciertas problemáticas que exceden los anclajes temporales de los años post dictatoriales. Si bien acá nos centramos en la producción literaria argentina sobre la desaparición, es posible anticipar que, dado que no sólo en Argentina hubo desapariciones forzadas o exterminio político, en el contexto latinoamericano contemporáneo también hay una asidua producción literaria y no literaria abocada a los desaparecidos de cada región⁴. Esto permite arriesgarnos a hablar de un sistema literario de la desaparición a nivel continental, lo que resulta productivo en tanto devuelve imágenes significativas sobre lo conflictivo y lo heterogéneo del territorio latinoamericano.

Finalmente, la consideración de estos elementos en conjunto, nos llevará a concluir lo siguiente: narrar la desaparición de un sujeto periférico, atendiendo a su historización, es una forma en la que las producciones culturales, en este caso literaria, articulan y materializan las luchas de los sentidos acerca de los desaparecidos de la última dictadura; dando cuenta de las históricas desigualdades en torno a los sujetos y a la construcción de las memorias en Argentina.

Los detenidos-desaparecidos en Argentina: el olvido que amenaza a la identidad

La singularidad del caso argentino produjo, como afirma Gabriel Gatti (2017), algo nuevo y que le es propio: la invención social de la categoría de detenido-desaparecido y la construcción de un campo social alrededor de ella socialmente denso e institucionalmente muy robusto (2017, p. 16). Así, el desaparecido, ya sea como figura discursiva o como actor social empírico, ha sido objeto de estudio y debate en diversos campos: el cultural y el jurídico, pero sobre todo en el de la vida cotidiana de los afectados, colectivos e íntimos (Calveiro, 1998; Crenzel, 2008; Gatti, 2017; Nofal, 2022).

⁴ Dentro de este inmenso corpus podemos mencionar: para el Cono Sur (Argentina), *Campo de Mayo* (2019) de Félix Bruzzone y *Aparecida* (2015) de Marta Dillon; para los Andes septentrionales (Colombia), *La sombra de Orión* (2021) de Pablo Montoya, *Los escogidos* (2012) de Patricia Nieto; para los Andes centrales (Perú), *Radio ciudad perdida* (2007) de Daniel Alarcón y *El rincón de los muertos* (2014) de Alfredo Pita.

En un primer momento, los desaparecidos son señalados por la dictadura como “guerrilleros fugados o muertos en combate y a las desapariciones como prácticas de la propia “subversión” o como hechos aislados, meros “excesos” de la represión” (Crenzel, 2008, pp. 48-49). Con el retorno a la democracia, los pedidos de justicia, la creación de la CONADEP y la aparición del *Nunca Más* (1984) en la escena pública, el Estado trató de dar una explicación a los crímenes dictatoriales. El informe, siguiendo los numerosos aportes realizados por Emilio Crenzel sobre el tema, se consolidó como emblema de la memoria y la construcción de la verdad pública y estatal en Argentina, y fundó una narrativa humanitaria alineada a los planteos de los organismos de derechos humanos: los desaparecidos eran víctimas inocentes ajenas a la guerrilla y a la política. Este mecanismo de despolitización fue estratégico en su momento para poder avanzar en las investigaciones, ya que, se estaba frente a un terreno marcado por la estigmatización dictatorial de los desaparecidos y en el que todavía la democracia no estaba asegurada. Por su parte, la “teoría de los dos demonios” esbozada en el Prólogo de Ernesto Sábato fue el marco interpretativo para adjudicar responsabilidades. Se postuló que tanto las guerrillas de izquierda como las Fuerzas Armadas eran igualmente culpables, pasando por alto que los medios y mecanismos que estos últimos tenían, las instituciones del Estado, no eran equiparables con los de los primeros, agentes particulares. El esquema binario ha sido utilizado históricamente en el país para procesar socialmente la experiencia del terrorismo de Estado (Drucaroff, 2002; Feld y Franco, 2015). Sin embargo, la realidad ha demostrado que las lecturas maniqueas víctima-victimario o las interpretaciones homogeneizantes, como la teoría de los dos demonios, no sólo simplifican la complejidad del fenómeno, sino que también al focalizar estas lecturas, se silencian o niegan las otras versiones que no entran dentro de dichos marcos interpretativos.

Otra arista cardinal del informe, vinculada con su eficacia performativa (Bourdieu, 1985), fue la manera en la que su versión oficial y nacional de los hechos englobó dentro de un mismo nombre -desaparecidos- a una serie de particularidades y situaciones dispares (Catela da Silva, 2003) que, posteriormente, fueron cristalizadas gracias a la autoridad que le confiere su carácter nacional, la historia que lo precede, como los usos políticos y simbólicos que se le ha dado a lo largo del tiempo. Instauró la idea, tanto dentro del territorio como fuera de él, de que los desaparecidos fueron predominantemente jóvenes estudiantes o profesionales pertenecientes a los sectores medios de la población (Besse, 2013; Da Silva Catela, 2003; Jelin, 2002). Esto se ha visto replicado, como veremos en el siguiente apartado, en la literatura (Mandolessi, 2020). Y si bien es cierto que, en términos de número, ha habido más

desaparecidos en las zonas urbanas, hay un gran porcentaje de individuos que no responden al mismo relato.

Por ejemplo, uno de los grandes silencios en lo que respecta a las desapariciones en nuestro país es la de los obreros, campesinos y trabajadores rurales. Cuestión que llama la atención debido a que la estadística revela, en la última actualización del *Nunca Más* (2006), que la desaparición de los sujetos de ámbitos rurales ronda el 30%. Las memorias y las identidades que no ingresan dentro la memoria oficial o que se inscriben débilmente dentro del imaginario nacional hacen frente a imposiciones de sentidos, a silenciamientos u ocultamientos continuos. Su desigual representatividad con respecto a los desaparecidos clase media de zonas urbanas nos advierte sobre una problemática social de larga data en el país: la configuración dispar de los derechos humanos entre el centro, Buenos Aires, y las regiones periféricas (Catela da Silva, 2003).

Pese a que no es sencillo delimitar qué se entiende por periférico o qué ingresa dentro de esa clasificación, dados los diversos planos de heterogeneidad y desigualdad en el país, hay consenso en establecer como “área periférica” a las provincias del norte del país y del centro-oeste. Esto porque han sido “durante buena parte del último siglo y medio, el punto de partida de migraciones hacia el área central y por exhibir una extendida presencia de formas de producción no capitalistas” (Cao, 2001, p. 2). Los estudios abocados a la violencia política en espacios periféricos han demostrado la imposibilidad de leerlas análogamente a la de las zonas urbanizadas. Así, dentro de las luchas por la legitimidad, no sólo se considera la singularidad de los casos, sino también cómo las memorias de la represión y la violencia influyen “en la constitución y resignificaciones de las identidades regionales” (Catela Da Silva, 2003, pp. 2-3).

Recordemos que, como artefacto cultural, la identidad no viene dada *per se*, sino que es social, geográfica e históricamente construida. En nuestro país, han sido muchos actores los que han intervenido en la creación de patrones identitarios sobre la argentinidad, entre ellos podemos mencionar, a modo de ejemplo, a la Generación del 37 y la Generación del 80. Se estableció un centro irradiador civilizado, Buenos Aires, y sus periferias receptoras -y bárbaras-: las provincias. Esta distancia se marcó en múltiples planos -entre nación y provincias, entre región andina y región rioplatense, entre un acá y un allá- que se actualizan y se reescriben en los discursos y los textos contemporáneos.

“Su ciudad y la mía”: Simón Sapag, Roberto Martínez y el aporte a las memorias localizadas de los desaparecidos

“Huellas, y este libro nace.
La extraña evidencia de ser parte. [...] No figura mi abuelo entre esas largas listas. No hubo que correr hacia otros lugares, ni quemar libros, ni esconder a nadie y, sin embargo, allí estamos, puedo reconocerme, reconocerlos”
Roberto Martínez.

En la novela se narra lo que fue la vida y la desaparición de Simón Ángel Sapag⁵, el único desaparecido de Perico (Jujuy, Argentina) del que se tiene registro. Roberto Martínez, en el año 2006, realiza una serie de entrevistas por motivo de una investigación que estaba llevando a cabo en el marco de los 30 años del golpe; entre ellas, se encontraba la de Ada Galfre, quien fue esposa de Simón. A partir de allí, menciona Martínez en una de las presentaciones del libro⁶, nace el impulso, la necesidad, la deuda -como periqueño- de hacer algo, de poner a Simón en escena. Es así que, al primer testimonio brindado por Ada, se le suman otras entrevistas e investigaciones, que aportan a la veracidad del hecho, y un lenguaje literario que explora distintas formas de narrar la desaparición desde una dimensión poética.

Los paratextos que acompañan al libro aportan información que no está explicitada en el desarrollo de la novela, pero que subrayan su condición de híbrido genérico y su carácter de memoria localizada. El primero que nos interesa nombrar es la cita que aparece en la contraportada, una frase que Ada Galfre le dijo a Roberto Martínez en Alto Comedero, Jujuy: “En Perico siempre parece que la dictadura pasó allá lejos: en Buenos Aires, en Córdoba, en Santa Fe ¡Y acá también pasó. Acá falta Simón!”. Si bien la ciudad de Córdoba fue la última en ver a Simón con vida, él no es un desaparecido de Córdoba, es uno de Jujuy. El crimen adquiere otro estatuto por su carácter de migrante. En la denuncia de Ada se iluminan ciertos conflictos irresueltos entre fuerzas centro-fundacionales y fuerzas periféricas de una Argentina que no contempla lo rioplatense a la hora de construir memorias.

⁵ Simón aparece en el puesto número 101 de la “Nómina de detenidos-desaparecidos, asesinados o víctimas de desaparición forzada, directa o indirectamente vinculados con la provincia de Jujuy” de la última edición[#] del libro *Con vida se los llevaron* de Reynaldo Castro.

⁶ Ver en Punto Córdoba Punto Ar: “Falta Simón- Roberto Martínez” disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=eWjXzavgDqA>. (Visto el 10/06/2023)

Otro paratexto necesario se encuentra en el último apartado titulado “Qué hay cuando las palabras vuelven”. Allí, Martínez no sólo presenta a Simón, sino que también, biográficamente, se incluye dentro de su historia:

Simón Sapag cursaba las últimas materias de medicina en la UNC y realizaba sus prácticas en el Hospital de Urgencias cuando fue secuestrado por un grupo de tarea de la dictadura argentina, el 4 de mayo de 1976, de su departamento, en Córdoba, y nunca más apareció. Esa noche estaba con su compañera, Ada Galfre. [...] Pocho es el único desaparecido por el terrorismo de Estado del que se tiene registro en la ciudad de Perico, en Jujuy. Su ciudad y la mía” (Martínez, 2021, p. 131)

Perico, ubicado a treinta y cinco kilómetros de la capital jujeña, es una pequeña ciudad periférica no sólo por su ubicación, en el extremo norte del país, sino también por la historia y las identidades que lo conforman. Como muchos pueblos alejados de las zonas metropolitanas, el acceso a ciertos derechos básicos, como la educación, no es posible. Esto provoca que quienes quieran y tengan la posibilidad de continuar sus estudios superiores deban migrar. Es el caso de Simón y Roberto, ambos dejaron Perico y se trasladaron a Córdoba con el fin de profesionalizarse: “Sus padres lo proyectan hacia la más alta de la cimas: el doctor [...] Pero el azar, la época que le toca y los caminos que elige vivir tuercen su destino irremediamente” (2021, p. 74)

Las estrategias de identificación continúan desplegándose en el universo paratextual del libro. En una de las dedicatorias que abre el libro: “A Simón Ángel Sapag Torfe, “Pocho”. Su historia forma parte de la mía”. En los epígrafes seleccionados⁷ de Héctor Tizón, Eugenia Almeida y, especialmente, el de Liliana Bodoc: “No hay tragedias ajenas. Cada tragedia habla de todos los hombres”. En la “Primera lectura” escrito por Ana Ilianovich⁸:

Roberto es Simón, solo que
nació más tarde.
Es su historia posible.
También es hijo de René y Alicia.
No fue Simón porque llegó después.

⁷ Un dato de color para comentar es que los tres escritores son de distintas áreas de la Argentina: un jujeño, una cordobesa y una santafesina. Aunque se trate de un pequeño detalle, resalta la apuesta por la pluralidad de las voces.

⁸ Ex detenida del centro clandestino "La Perla" (Córdoba) y autora del libro *El silencio. Postales de la Perla* (2017) en el que relata su experiencia como detenida.

Es Simón porque lo escribe, lo imagina
lo busca
lo aparece
y nos lleva con él a Perico [...]. (Ilianovich, 2021, p. 12)

Todos estos elementos refuerzan la idea de que la historia de Simón no es sólo es una historia individual y aislada, sino que forma parte de la de Roberto y que, al mismo tiempo, se extiende, a la de todos. Esta aproximación a la hora de recuperar la vida de un desaparecido, si bien coterráneo al autor, renueva el desafío expuesto por Elizabeth Jelin en sus estudios sobre las agencias del familismo en la esfera pública. En *Pan y afectos. La transformación de las familias* (1998), la autora sostiene que una de las grandes amenazas a la ampliación de los compromisos cívicos con el pasado es la de quién está habilitado para hablar. El lazo de la familia con la víctima fue la justificación medular para dar legitimidad, social y jurídicamente, a los reclamos de justicia. Así, sólo “las víctimas sobrevivientes y los parientes directos son considerados “afectados” en sus demandas de verdad y reparación, personalizadas e individualizadas” (1998, p. 189). Esto plantearía una distancia difícil de franquear entre quienes vivieron “en carne propia”, o a partir de vínculos de parentesco, las vejaciones de la violencia, y aquellos que se movilizan política, ideológica y éticamente por la misma causa. Mientras que los primeros detentan la legitimidad y la autoridad simbólica para reclamar y narrar estos hechos, como es el caso de H.I.J.O.S o Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, los segundos “no parecen tener el mismo poder justificatorio a la hora de actuar en la esfera pública” (1998, p. 189). El reclamo monopólico del sentido, de la memoria y la verdad, obstruye cualquier tipo de reinterpretación y resignificación de los sentidos de las experiencias transmitidas.

Por ello, cuando Martínez dice “Su ciudad y la mía” podemos reconocer un móvil, pero también una especie de justificante que lo habilita a ser una voz legítima para contar: narrar la historia de Simón y localizar su memoria en Perico implica un trabajo de y con las memorias, impulsado por un espacio y unos orígenes en común, pero también por un compromiso que involucra lo subjetivo, lo experiencial, las creencias y las emociones. Martínez se ve duplicado en la historia de Simón no sólo por la procedencia. Establece los siguientes paralelismos de un “recorrido similar”: ambos son de Perico, incluso Martínez menciona que vivía a una cuadra de la familia Sapag; ambos, como muchos jujeños, migran a Córdoba para estudiar; ambos, en sus épocas de estudiantes, vivieron en el barrio Jardín;

ambos caminan por los pasillos de la UNC (Universidad Nacional de Córdoba); y ambos se politizan allí.

A partir de lo mencionado, identificamos una doble motivación política. Por un lado, dar a conocer la historia de un desaparecido de -y no en- una zona periférica cuya trayectoria se asemeja a la historia de vida del autor y, por otro, pronunciarse frente a las endémicas desigualdades en torno a la visibilidad y la legitimidad de las memorias de los desaparecidos en el país. Por ello, si bien el testimonio de Ada Galfre es el punto de partida, el informante más cercano, lo interesante, discursivamente, es cómo la vida del autor-narrador se entronca con la de Simón; es él porque lo hace aparecer, recupera su pasado y le da una voz y un relato. Eso nos lleva a la tercera parte del análisis y tiene que ver con la hibridez narrativa de la novela.

Hemos comprobado que los paratextos delinearon un universo discursivo paralelo necesario para comprender la historia ficcionalizada en su conjunto. Ya no interesa, únicamente, cuáles son los mecanismos de la ficción para abordar el hecho de violencia, la riqueza de la novela se construye en todo lo que la excede, en los elementos que la empujan a compartir fronteras con otras discursividades. Por ello, ahora identificaremos, sucintamente, algunas maneras en las que se manifestó la figura del desaparecido en la literatura argentina, a fin de evidenciar cómo la de Simón Sapag aparece dentro del sistema literario de la desaparición para proponer una memoria regional y migrante.

La figura del desaparecido en la literatura: generaciones y estéticas

Las primeras representaciones de los desaparecidos estuvieron vinculadas con la foto carnet y la silueta, potentes referentes icónicos para la denuncia (Basile, 2019). A partir de los reclamos de la primera generación, Madres de Plaza de Mayo y los organismos de derechos humanos, se planteó una narrativa humanitaria que eludió las particularidades individuales y personales para presentar en sociedad al desaparecido en su carácter de víctima inocente. Luego, en los años noventa, aparece en escena H.I.J.OS (Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio). La organización se encuentra en el centro de la arquitectura anillar de la segunda generación argentina (Basile, 2019), ya que producción cultural y artística marcó una serie de rupturas en las configuraciones tradicionales del campo literario y la narrativa humanitaria impulsada por la primera. Las apuestas estéticas fueron -y son- heterogéneas. Hay un fuerte interés por la subjetividad, una pulsión testimonial del yo (2019, p. 28), que orienta sus obras hacia los géneros autobiográficos y autoficcionales más

diversos, como una nueva forma de explorar los modos en que se inscribe la huella traumática en los destinos individuales (Arfuch en Basile, 2019, p. 28).

El siguiente anillo está compuesto por los hijos de padres desaparecidos, fusilados, presos, exiliados que no están necesariamente vinculados en la militancia de la agrupación. El último anillo corresponde a “los hijos afiliativos” (Logie, 2016), quienes no han tenido padres víctimas de la dictadura, pero que, al ser coetáneos, ya sea porque nacieron o vivieron sus primeros años de vida durante los años dictatoriales, sienten una pertenencia generacional desde la cual se manifiestan. Este sería el caso de Roberto Martínez, al que consideramos un hijo afiliativo, parte de la segunda generación.

En la literatura que narra el horror dictatorial, tanto Mandolessi (2020) como Dalmaroni (2004), reconocen, al menos, tres momentos. El primero refiere a la literatura escrita durante la dictadura. Las primeras novelas sobre la desaparición, por ejemplo, *Respiración artificial* (1980), de Ricardo Piglia y *Nadie, nada, nunca* (1980), de Juan José Saer, construyen retóricas cifradas que “capturan la atmósfera de terror sin nombrar nunca hechos o representar la violencia de forma explícita” (2020, p. 297). La desaparición se alude, se evoca, se desplaza.

Todo lo opuesto sucede con las novelas del segundo momento, coincidente con el retorno de la democracia. Este momento va de la mano con la publicación del *Nunca Más* (1984) y se caracteriza por la proliferación de testimonios a cargo, sobre todo, de los organismos de derechos humanos. El informe no sólo instauró una narrativa fundacional del trauma cultural, sino que esta fue replicada por la literatura. Al estar compuesto por narraciones en formato judicial, se exigen narrar con mayor fidelidad y objetivamente el horror y las vejaciones de la violencia. Se establecieron las víctimas, los victimarios y sus formas de imposición del terror. Sin embargo, en la literatura, la tortura y su narración en términos de mimesis es relegada a un segundo plano. Dentro de este periodo podemos nombrar como *Una sola muerte numerosa* (1997) de Nora Strejilevich, *Pasos bajo el agua* (1987) de Alicia Kozameh, o *The Little School: Tales of Disappearances and Survival* (1986), de Alicia Partnoy. Son obras que recuperan la tortura remitiendo a situaciones, palabras, episodios ya narrados en el *Nunca Más*, el cual funciona como un potente intertexto. El foco está en la desaparición y en los efectos que ha producido intergeneracionalmente.

El tercer momento se da a mediados de los noventa, en un terreno donde la memoria vuelve a ser un tema controversial de debate político, y está signado por tres voces: la de los represores, la de ex militantes de las organizaciones revolucionarias y la de la red nacional de

hijos. Hay un alejamiento de los “procedimientos y retóricas de control ideológico o moral características del patrón testimonial” (2019, p. 36). En la narrativa de HIJOS, la experiencia traumática recupera el relato humanitario, pero incluye dos ámbitos que hasta el momento no habían sido considerados: lo político-revolucionario y la historia familiar-privada. Se trata de retóricas que, como anticipamos, focalizan en la figura del yo, pero que además, para hacerlo, entablan diálogos que superan los límites genéricos tradicionales. Ingresa la autobiografía, las autoficciones, las correspondencias, entrevistas, testimonios, diarios personales, notas de *blogs*, *chats*, fotografías, entre otros. Son poéticas que juegan con lo lúdico, el humor, lo tabú, el melodrama, la ciencia ficción, con fines desacralizantes. Tensionan con el discurso heredado de la memoria fundacional del *Nunca Más*, despojándolo de su solemnidad, pero sin dejar de notar que, a pesar de haber pasado varias décadas de los sucesos referenciados, todavía suscita historias a ser contadas. A modo ilustrativo, recuperamos las siguientes novelas: *El mar y la serpiente* (2005) de Paula Bombara, *La casa de los conejos* (2007) de Laura Alcoba, *Los topos* (2008) de Felix Bruzzone, *Diario de una princesa montonera. 110% verdad* (2012) de Mariana Eva Pérez, *Una muchacha muy bella* (2013) de Julián López, *Aparecida* (2015) de Marta Dillon, entre otras. A pesar de que es una producción literaria que comparte elementos en común, no es homogénea; sin embargo, son disquisiciones exceden los objetivos de este trabajo.

Este sucinto panorama crítico-teórico sobre cómo han sido estudiadas y concebidas, hasta el momento, las narrativas de la desaparición en Argentina pone en evidencia un hecho no menor y es el siguiente: en el grueso del corpus más conocido y, en consecuencia, el más estudiado, ha prevalecido la figura de desaparecidos jóvenes de clase media ilustrada y, en menor medida, la de mujeres o mujeres embarazadas, mientras que la de obreros, por ejemplo, es o escasa o ausente (Mandolessi, 2019). Lo mismo hemos notado en cuanto a obras que recuperen a desaparecidos de zonas o de procedencia periféricas⁹. Teniendo en cuenta esto, analizaremos cuál es la propuesta de *Falta Simón* y en qué reside su novedad.

La figura del desaparecido en *Falta Simón*

Los paratextos nos dieron un primer indicio de que estamos ante una obra con una fuerte presencia de un “yo”: Roberto Martínez, quien, en su carácter de emprendedor de la memoria e “hijo afiliativo”, se encarga de recuperar y presentar, noveladamente, la historia de

⁹ Dentro de las novelas que tematizan la dictadura o las desapariciones en y desde el norte argentino podemos nombrar a las que tienen como escenarios los ingenios o las mineras, es el caso de *El sexo del azúcar* (1991) de Eduardo Rosenzvaig o a aquellas más cosmopolitas como *Viene clareando* (2005) de Gloria Lisé o *La casa de las rejas* (2021) de Lucila Lastero.

Simón. Pero, ¿qué otras estrategias -retóricas, poéticas y discursivas- componen dicha figura y de qué manera su localización, periférica y migrante, promueve la hibridación genérica?

La novela inicia con la cotidianidad de un niño, del que desconocemos su nombre, a la espera de la comida hecha por su abuela mientras la escucha canturrear y bebe jugo Inca. Nos enteramos de que se trata de un niño muy avanzado el relato, ya que su figura no aparece vinculada directamente con la historia en vida de Simón, sino más bien con la posterior a su desaparición. Hay ciertos guiños, dentro de la historia, en los paratextos y en los paralelismos ya nombrados, que nos permiten pensar en una autoficcionalización del autor, propia de las narrativas del yo. Roberto Martínez puede ser el personaje del niño quien, desde sus recuerdos, introduce al lector en el Perico que ya ha perdido a Simón.

Es el año 1983. El libro no lo dice explícitamente, pero la radio informa que Raúl Alfonsín pasará unos días por el pueblo. El narrador también nos otorga pistas: “Ya hace seis años que los militares han tomado el poder del país para reorganizarlo en costumbres y valores cristianos y occidentales” (2021, p. 16). De esta forma se introduce el ambiente tan particular de cómo se vivía la transición a la democracia en el pueblo.

Perdido en la vastedad del cielo norteño, el narrador dirige la mirada hacia la casa de los Sapag: “En la otra esquina está el almacén de los Sapag. Alicia y René lo abrieron cuando lo irreparable los atravesó” (2021, p. 17). Allí conocemos a la familia a la que le han desaparecido un hijo: “Los ojos de René siempre están a punto de llorar. Mi tía me cuenta que Alicia cada tanto viaja a Bolivia, a Paraguay, a Córdoba, a Uruguay, a Buenos Aires.” (2021, p. 17).

Luego de esta primera parte, la narración comienza a potenciar su carácter híbrido, ya que se incorporan diversos géneros discursivos y múltiples voces. El espectro temporal y espacial propuesto va desde 1969, año en el que Simón deja Perico y llega a Córdoba con Sara -Ada fuera de la ficción-, al 1983, año del retorno a la democracia.

El segundo capítulo continúa en el año 1975 con las celebraciones decembrinas de la familia Sapag. Allí, el narrador en primera persona cede el lugar a uno en tercera. Reconocemos que se trata del año 1975 porque se nos dice que “Simón toma las últimas cervezas de un año en donde el miedo se enseñoreó del país y en todas las cosas parece acechar algún peligro” (2021, p. 28). A ello, se le suma el hecho de que Sara está embarazada de unos meses y sabemos, por la información paratextual, que dio a luz a Victoria en mayo de 1976. Esta temporalidad no lineal e incierta, además de repetirse a lo largo de todo el libro, deja en mano de los lectores la tarea de recomponer los datos ofrecidos. Para delinear los

caminos en los que se mueve la historia, la narración se sirve mucho del uso de referencias o alusiones político-culturales. Es una estrategia interesante para bocetar un mapa de época sin necesidad de ser explícito ni exhaustivo en las fechas. Referencias como la asunción del ministro de Educación de Oscar Ivanissevich, la nota televisiva de Marcos Marchini sobre el enfrentamiento entre la policía y el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), las canciones de Sandro sonando de fondo, los discursos de políticos, el Comunicado N° 1 de la Junta Militar, la emoción por el mundial 78', las voces que hipotetizan sobre lo sucedido, un niño que no entiende que es la SIDE y por qué le hace llorar a su Lela¹⁰, son algunas de las huellas impresas en las memorias de esos años.

El narrador en tercera persona es el encargado de contar tanto el pasado de Simón como lo que pasó luego de su desaparición, con el retorno de Sara y Victoria a Perico. Ni los diálogos ni el estilo directo son elementos recurrentes en la narración, pero cuando aparecen lo hacen estratégicamente para darle más densidad a los personajes. Es curioso como, mediante la cursiva, se introduce la ficcionalización de la voz y los pensamientos de Simón, desde lo que sería su perspectiva, y de quienes interactúan con él en ese tiempo “presente” en el que todavía está vivo. Es la manera que tenemos de enterarnos, por ejemplo, qué pasa dentro de Simón, qué marcas de su historia y de sus memorias conviven en él, y cómo Perico y Córdoba lo integraron hasta los últimos días previos a su desaparición. Por ejemplo, en su último diciembre en Perico, mientras bebe un vaso de cerveza, observa a unos chicos que se encaminan a un canal de agua para jugar en él. En ellos reconoce su pasado al mismo tiempo que se observa en su presente: “Busca el reflejo de su cara en el vaso de aluminio, el mapa de su cara, los rastros del niño que fue y que se ha esforzado en dejar de ser: sus vergüenzas, sus frustraciones, la experiencia de la esperanza constante” (2021, p. 31). Sin embargo, siente que ese lugar ya no le pertenece: “Busca en los rostros de los niños al que fue hace unos 20 años. Le cuesta situarse” (2021, p. 32).

¹⁰ Se trata de una escena significativa pero que excede el análisis propuesto. Abre otras líneas de análisis que parten de los paralelismos que el niño establece entre los militares y los monstruos: “Los monstruos saben qué pasó, pero esconden la información: omiten, tergiversan, divagan, fabulan, filosofan, construyen una historia verosímil, elíptica y su abuela va ir tras la verdad, hasta el final, como son ellas” (2021, p. 102). La búsqueda de las siglas SIDE, escritas en rojo en la casa de la Lela, lo lleva a incursionar en el mundo mitológico: “...descubre que su abuela se había enfrentado a una criatura de miles de años. Ella sintió antes que nadie la presencia de este monstruo desaparecedor, que vive en la tierra desde los primeros humanos.” (2021, p. 101). Lo problemático en estas líneas es que nos hace creer que quienes cometen crímenes de lesa humanidad son seres por fuera de la “normalidad”, seres extraños, incapaces de coexistir en sociedad. Cuando, en realidad, y esto ya lo dijo Hannah Arendt con su concepto de la banalidad del mal (1963) pensando en lo sucedido en la Alemania nazi, son sujetos “comunes y corrientes” que planifican, premeditan y sistematizan o simplemente “obedecen órdenes”, y que, como Videla, van a la iglesia todos los domingos.

En Córdoba le sucede algo similar. Mientras volvía a su casa, en Barrio Jardín, un día antes de ser desaparecido, comienzan a superponerse en su memoria los recuerdos del lugar donde nació. Así, las calles cordobesas son cubiertas por imágenes del Perico natal:

la plaza donde jugaba de niño, la enorme fuente donde los deseos viajaban en una moneda lanzada de espaldas, la plazoleta donde aprendió a andar en bici [...] Al pasar por el pesebre, en silencio, siente los bombos, los sikuris, los cohetes y los colores de las cintas cada vez más tenues en la memoria. La esquina le devuelve sus primeros carnavales. (2021, p. 30)

Las memorias y los recuerdos son ingobernables, imprevisibles y multitemporales. *Falta Simón* insiste en esa idea. Nos transporta de Perico a Córdoba sin aviso. Hay un juego continuo entre el aquí y el allá, entre el pasado (antes de dejar Perico), el “presente” (lo que pasa en Córdoba), y dos futuros, el “efectivo” (el relato del niño que se engrana con el retorno de Sara y Victoria a Perico) y el que Simón tenía como horizonte de expectativas (ser un médico rural y abrir una escuela de fútbol). Presenciamos escenas en las que Simón ya no está, en las que ingresa a la carrera de Medicina o cuando rinde su último final: “*Pasaron varios años: el muchacho del interior creció, se politizó, se casó y está por ser padre. Ta bien ¿no? Se dice para sí [...] Simón rinde lo que sería su último examen en la UNC y escribe la fecha: 17/3/76.*” (2021, p. 94. Resaltado del original); escenas en las que Sara está embarazada o en las que pasea con su hija de cinco años por las calles de Perico, sensible a las miradas de la gente y convencida de que todo el pueblo sospecha lo que pasó.

En Córdoba, al igual que le pasó a Martínez, Simón se politiza. Él llega en el año 1969, así que logra presenciar el primer Cordobazo, participa de las marchas y se une a un partido bajo la bandera de los médicos residentes: “*Desde este momento [...] estás en el partido. Acá tu nombre es Pocho y tu disciplina tiene que ser muy estricta. [...] sos oficialmente un cuadro profesional de la revolución*” (2021, p. 91).

Tanto él como sus compañeros médicos y de revolución -Abel, Elías, Rulo- asumen una postura frente a la violencia del clima pre-dictatorial: no colaborar con la represión y no tomar actitudes contrarrevolucionarias. Así lo indica la siguiente proclama que se inserta en el texto: “*MÉDICOS NO DENUNCIEN A LOS COMBATIENTES POPULARES HERIDOS. TRATEN DE IDENTIFICARLOS, HAGAN CONOCER LA SITUACIÓN. COMUNIQUENSE CON LOS PARIENTES O UN ABOGADO*” (2021, p. 87).

Desde la llegada de Simón a Córdoba, hasta el momento de su desaparición, el descontento social y la represión estatal y paraestatal fueron gradual y sistemáticamente *in*

crescendo, por lo que las consecuencias de estar involucrado en una militancia enmarcada en una dictadura como lo fue la del 76 comienzan a sentirse cada vez más cercanas. Desde la ventana del hospital donde realizaba sus prácticas, Simón pensaba: “*la situación es tensa. El hospital está rodeado de canas.*” (2021, p. 85). Luego, recibe las primeras amenazas:

Quando levanta la cabeza, un policía lo está apuntando: *levantá las manos y ni se te ocurra hacer algo hijoderemilputa.* [...] Lo llevan a la jefatura [...] Lo interrogan y lo largan a la madrugada con una advertencia: *Portate bien, pendejo puto del orto.* (2021, p. 93)

La muerte de uno de sus compañeros, José Polti, anunciada por televisión, marca un punto de inflexión. A partir de ese momento, la vida cotidiana de Simón es invadida por miedos, angustias y sentimientos constantes de ser vigilado y perseguido.

Quando empezó a circular, de boca en boca, información acerca de los secuestros y las desapariciones, tanto Sara como los padres de Simón comenzaron a temer por la seguridad del futuro médico. Simón sabe que sus padres están preocupados por las noticias que llegan de Córdoba sobre los subversivos y los enfrentamientos, también está al tanto de las discusiones que tienen por la decisión de mandarlo a estudiar medicina. Sin embargo, no se menciona el tema. La última semana que Simón y Sara estuvieron en Jujuy pasó como una vacación más. En realidad, al igual que en toda la Argentina, en el pueblo tampoco se hablaba públicamente sobre lo que estaba ocurriendo, no sólo por la creencia de que esas cosas no podrían pasar acá, sino también porque tanto los medios de comunicación como los sectores poderosos mostraban una realidad diferente. A pesar de ello, el texto enfatiza en las voces susurrantes que circulaban sobre la represión, en especial sobre hechos de violencia vinculados al norte del país. Uno de ellos es la mención a la Masacre de Palomitas¹¹ en una emisora radial: “los subversivos tomaron los caminos de tierra hasta llegar a un poblado [...] es una zona conocida como Palomita. Alicia en voz baja deja escapar una palabra: *Asesinos. Fue una masacre..*” (2021, p. 44). De la voz de un repartidor de golosinas, se recupera otro de los grandes emblemas de la represión en el norte, el Ingenio Ledesma¹² (Jujuy): “*el chango que me ayuda es de allá y no viene desde hace dos días a laburar. Nos contaron que está jodida la cosa en*

¹¹ El hecho sucedió en la provincia de Salta. El día 6 de julio de 1976 once detenidos fueron sacados de la unidad penal de Villa Las Rosas, en la capital salteña, para ser trasladados clandestinamente hasta la localidad de Palomitas, donde fueron ejecutados. Posteriormente, se procedió a eliminar todo tipo de prueba sobre el crimen.

¹² En el año 1976, entre el 20 y el 27 de julio, se llevó a cabo un plan de secuestro y exterminio mediante una serie de cortes intencionales al suministro eléctrico. En total se secuestraron a 400 personas -entre ellas estudiantes, militantes políticos, sindicalistas, manifestantes-, de las cuales 55 aún continúan desaparecidas.

Calilegua también, en toda la zona, hay gente de otros lados haciendo controles, patrulleros y hasta el Ingenio se acomodó con ellos” (2021, p. 46).

Por su parte, Sara sí expresa a Simón su miedo, pero también su enojo. Ella, por su embarazo en avanzado estado y sabiendo lo involucrado que su esposo estaba con la causa revolucionaria, insistía con volver a Perico, pues está al tanto de que Simón “cura a personas que en el hospital nadie puede curar y que si lo descubren lo van a matar” (2021, p. 109). Pese a las contingencias, y fortalecido por el espíritu revolucionario, Simón cultiva expectativas, deseos y un proyecto a futuro. Médico rural y escuelita de fútbol, repite en variadas ocasiones y Sara apela a eso para intentar convencerlo de volver: “Simón Intenta hablar, pero Sara lo interrumpe. Contundente: *Ay, Simón. Médico rural y escuelita de fútbol, ¿te acordás?*” (2021, p. 113).

Conforme se acerca el momento del secuestro y la desaparición, la narración experimenta un notable cambio de estilo. Son esas escenas, en particular, en donde se despliega el ingenio y la agudeza del escritor para tomar elecciones éticas y estéticas de manera estratégica. Así, entre el primero y el cuatro de mayo del año 1976 ya no se produce ningún salto temporal. La narración se entrega exclusivamente a la tercera persona. Los días transcurren ordenada y secuencialmente. Esto, lejos de desacelerar el ritmo movido que se venía manejando, provoca en la lectura una sensación de alerta: “¿Qué fecha es hoy? Ya es martes 4 de mayo de 1976” (2021, p. 129). La última imagen que tenemos de Simón en vida es la de él cantándole una canción de cuna a su bebé, que contaba días de nacida. Ese cálido momento padre-hija, un efímero alivio entre tanta tensión, sería interrumpido para siempre porque: “en ese instante un grupo rompe la puerta de entrada. Avanzan algunos, otros se quedan con los vecinos ¡acá está!, ¡acá está!, ¡acá está!” (2021, p. 130), y así “con la autoridad de quien está aterrorizado Simón grita: *¿Dónde me llevan? ¡Sara! ¡la bebé! ¡Sara! ¡la bebé! ¡hijos de puta!* [...] Un baúl se cierra. Golpe seco. Aceleran los autos.” (2021, p. 131).

Acto seguido, nos trasladamos al lugar y el tiempo en donde comenzamos este viaje, mayo de 1983, con la visita de Raúl Alfonsín a Perico. Se acaba la dictadura militar y las “secuelas sangran lo irreversible de las ausencias” (2021, p. 134). Una vida truncada por el ensañamiento con el que la dictadura decidió hacer frente a lo que, según sus parámetros, era el enemigo común. Los últimos pasajes del libro nos devuelven imágenes de una familia marcada por la falta de Simón. Su madre viaja y lo busca, incansablemente, guiada por pistas y llamadas falsas, sin obtener respuestas.

Conclusiones

Hasta aquí, hemos pensado la figura del desaparecido en un análisis que conjugó los siguientes elementos: la configuración socio-histórica de los desaparecidos en Argentina y su desigual representatividad en el imaginario público; el rol de los emprendedores de la memoria; los riesgos del familismo, en términos de autoridad y legitimidad simbólica; la forma en la que la literatura ha recuperado la figura del desaparecido: la historia de quiénes se han contado y de qué manera; y los procedimientos literarios y no literarios llevados a cabo en *Falta Simón*.

En un primer momento, advertimos que en Argentina hay una configuración dispar de las memorias sobre los desaparecidos. El *Nunca Más* (2006) contribuyó a una narrativa “oficial” que le da entidad y prioriza a las memorias y los sujetos que forman parte del espectro rioplatense. Esto no es una novedad, ya que tiene que ver con los procesos de creación identitaria en nuestro país. En función de estas ideas, vimos que, en los paratextos del libro, cuyos aportes son sustanciales para recuperar datos biográficos de quien fue Simón Sapag, Roberto Martínez expresa su voluntad política de contribuir a las luchas de las memorias. Lo interesante es cómo se sirve de lo paratextual para anticipar lo que será su posterior autoficcionalización dentro de la novela. Los elementos que selecciona, como los paralelismos que establece entre él y Simón, se integran para componer una enunciación localizada. Lo que no se traduce en pensar que solamente puedan pronunciarse -o narrar- quienes tengan algún tipo de vinculación con el hecho. La identidad de Simón y Roberto se entrelaza, principalmente, por el trabajo de recuperar a Simón del pasado y darle un relato.

Para construir la figura de Simón no se persiguió la especificidad literaria ni la exigencia de autenticidad fáctica, sino que se procuró incorporar diversas voces, temporalidades y géneros discursivos y, a partir de estos desplazamientos, recuperar fragmentos de su historia tanto en Perico como en Córdoba. Esto se vio en las elecciones narrativas.

Identificamos, al menos, dos caminos. El primero, previo al momento de la desaparición, estuvo marcado por rupturas, superposiciones temporales y la alternancia de dos voces narrativas. El segundo, por una narración lineal y cronológica más pegada a lo factual para conocer los últimos días que Simón compartió con Sara. En algunas instancias, prevalecían estrategias escriturarias propias de la ficción e incluso de la poesía, y, en otros momentos, se prefería aquellas más cercanas a lo periodístico, vinculadas a las entrevistas e investigaciones llevadas a cabo por Martínez. Así, por una parte, se recupera el universo

íntimo y familiar -anclado a su lugar de origen y a sus vínculos- y, por otra, su militancia política como médico de la revolución en Córdoba. En este sentido, *Falta Simón* se vincula con la narrativa de HIJOS, pero, al no existir una filiación directa entre Simón y Martínez, los móviles y procesos a partir de los cuales se accede a esos fragmentos de memoria son distintos. Martínez emprende una tarea investigativa que lo lleva a entrevistar a quienes fueron cercanos a Simón, a buscar en las fisuras de su memoria los recuerdos de lo que se decía en el pueblo sobre él en esos años, a visitar los espacios en los que circuló, a recuperar documentos de época -noticias, proclamas, anuncios, canciones- y a esbozar un pequeño panorama de lo que fueron las violencias en el norte argentino.

Esto refuerza la idea de que conjurar memorias es siempre un acto compartido, posible gracias a los otros y a los códigos culturales compartidos (Jelin, 2021). Es por ello que las luchas de las memorias exceden los lazos filiatorios y, en consecuencia, habilitan a las “narrativas de la desaparición” a no claudicar ante los problemas de autoridad, legitimidad simbólica o de representación. Más bien, tienen la capacidad de devolvernos otras historias y otras memorias. *Falta Simón* (2021) es a la par que una obra literaria, una estrategia de agenciamiento, una voluntad de decir y de hacer oír los reclamos de las memorias localizadas. Desde un hablar propio y situacional, la propuesta estética Martínez recupera una construcción identitaria hecha de fragmentos, de migrancias y de contrastes. Leer a los desaparecidos desde su localización, devuelve la imagen de una Argentina diversa que no es solamente rioplatense, alterando los sentidos y la estaticidad amnésica de las construcciones que históricamente han enarbolado la mística de la homogeneidad nacional. Este trabajo pretende ser el inicio de una búsqueda por seguir ampliando las memorias de los desaparecidos que no han sido contadas. Pues entendemos que la actividad literaria es una forma en la que las memorias ingresan en las luchas por legitimidad.

Bibliografía

- Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico: dilemas de la subjetividad contemporánea*. Fondo de Cultura Económica.
- Basile, T. (2012). *Literatura y violencia en la narrativa latinoamericana reciente*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP-CONICET).

- . (2019). *Infancias: La narrativa argentina de HIJOS*. (1a ed.). [Libro digital, EPUB]. Eduvim.
- Besse, J. [et.al] (2013). *Memoria y trabajadores*. (1a ed.). De la UNLa - Universidad Nacional de Lanús.
- Bourdieu, P. (1985). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Akal.
- Calveiro, P. (2012). *Violencias de Estado: La guerra antiterrorista y la guerra contra el crimen como medios de control global*. Siglo XXI Editores.
- Campuzano, B. (2016). “Prólogo”, en Altuna, Elena y Betina Campuzano (Comps.). *Vertientes de la contemporaneidad. Géneros híbridos y nuevas subjetividades en la literatura latinoamericana*. EUNSa, pp. 13-19.
- Campuzano, B. S. (2022). “Memorias que luchan y poéticas que migran. Los testimonios indígenas del Gran Chaco”. *Escritura Y Pensamiento*, 21(44), 11–26. <https://doi.org/10.15381/escrypensam.v21i44.23304>
- Cao, H. (2001) “El sistema político regional en las provincias periféricas. Un modelo para empezar a explicar causas y consecuencias”. Trabajo presentado en el VIº Congreso Interamericano del CLAD, Buenos Aires, Argentina, 2001. En <https://www.horaciocao.com.ar/el-sistema-politico-regional-en-las-provincias-perifericas/>
- Catela da Silva, L. (2003) “Apagón en el Ingenio, escrache en el Museo. Tensiones y disputas entre memorias locales y memorias oficiales en torno a un episodio de represión de 1976.” https://www.comisionporlamemoria.org/archivos/jovenesymemoria/bibliografia_web/ejes/percepciones_dasilva.pdf
- Catelli, N. (1991). *En la era de la intimidad: el espacio autobiográfico*. Lumen.
- Crenzel, E. A. (2008). *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Siglo XXI Editores
- . (2008). El relato canónico de las desapariciones en Argentina: El informe "Nunca Más". *CONfines de relaciones internacionales y ciencia política*, 4(8), 47-61. <https://confines.tec.mx/index.php/confines/article/view/177>
- Cros, E. (1996). “Para una nueva definición de ideologema” y “El texto literario: “memoria viva” y morfogénesis” en *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*. Corregidor.
- De Vivanco Roca Rey, L. (ed.) (2013). *Memorias en tinta. Ensayos sobre la representación de la violencia política en Argentina, Chile y Perú*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

- Drucaroff, E. (1997). “Por algo fue. Análisis del ‘Prólogo’ a *Nunca más*, de Ernesto Sábato”, en *Nuevos territorios de la literatura latinoamericana*, Actas de las VIII Jornadas de Investigación de Literatura Hispanoamericana, Instituto de Literatura Hispanoamericana, Buenos Aires.
- Feld, C. y Franco, M. (dirs.) (2014). *Democracia Hora Cero. Actores, políticas y debates en los inicios de la posdictadura*. Fondo de Cultura Económica.
- Gatti, G. (comp.) (2017). *Desapariciones. Usos locales, circulaciones globales*. Siglo del Hombre Editores, Universidad de los Andes.
- Jelin, E. (2021). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI.
- (1998). *Pan y afectos. La transformación de las familias*. (1a ed.). Fondo de Cultura Económica.
- y Del Pino, P. (2003). *Luchas locales, comunidades e identidades*. Siglo XXI.
- Ludmer, J. (2009). “Literaturas postautónomas 2.01”. *Propuesta Educativa*. Número 32, Año 18, pp. 41 a 45.
- Mandolessi, S. (2020). “Narrar la tortura y la desaparición forzada en Argentina”. En Spiller, Roland, Mahlke, Kirsten y Reinstädler, Janett (Ed.) *Trauma y memoria cultural. Hispanoamérica y España*. (293-307)
- Nofal, R. (2022). *Cuentos de guerra*. (1a ed.). [Libro Digital, PDF/A], Vera Cartonera.
- Monsiváis, C. (2000). *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*. Anagrama.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. Ediciones Al Margen.